



INAPELABLE

ADRIÁN ALCÁNTARA SOLAR



Universidad Autónoma del Estado de México

INAPELABLE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

M. en E. U. y R. Marco Antonio Luna Pichardo
Secretario de Docencia

Dr. en C. I. Amb. Carlos Eduardo Barrera Díaz
Secretario de Investigación y Estudios Avanzados

M. en C. Jannet S. Valero Vilchis
Secretaria de Rectoría

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Dra. en Ed. Sandra Chávez Marín
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Finanzas

M. en Dis. Juan Miguel Reyes Viurquez
Secretario de Administración

Dr. en C. C. José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

M. en L. A. María del Pilar Ampudia García
Secretaria de Cooperación Internacional

Dra. en Dis. Monica Marina Mondragón Ixtlahuac
Secretaria de Cultura Física y Deporte

Dr. en C. S. Luis Raúl Ortiz Ramírez
Abogado General

M. en R. I. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz
Director General de Comunicación Universitaria

M. en A. P. Guadalupe Ofelia Santamaría González
*Directora General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales*

M. en D. F. Jorge Rogelio Zenteno Domínguez
Encargado del Despacho de la Contraloría Universitaria

INAPELABLE

ADRIÁN ALCÁNTARA SOLAR



Universidad Autónoma del Estado de México

"2020, Año del 25 Aniversario de los Estudios de Doctorado en la UAEM"

COLECCIÓN VOLAR JOVEN

Este libro fue positivamente dictaminado con el aval de dos revisores externos, conforme al reglamento de la Función Editorial de la UAEM.

Primera edición, junio 2020.

INAPELABLE

Adrián Alcántara Solar

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

ISBN de la Colección Volar Joven: 978-607-633-106-4

ISBN de *Inapelable*: 978-607-633-174-3

Hecho en México

Editor responsable: Jorge E. Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Formación y Diseño de portada: Jarini Toledano Gil



*Para Mauricio Lepe,
quien me enseñó a boxear solo*

*Yo soy de los que creen que el ser humano está
condenando de antemano a la derrota, a la
derrota sin apelaciones, pero que hay que salir y
dar la pelea, y darla, además, de la mejor forma
posible, de cara y limpiamente, sin pedir cuartel
(porque además no te lo darán) e intentar caer
como un valiente; y que eso es nuestra victoria.*

ROBERTO BOLAÑO

No hay remedio. No hay salida de emergencia. No hay puertas secretas. No hay ductos de ventilación. Ni siquiera hay ventanas. No hay paredes frágiles. No hay ninguna posibilidad de escape. La estructura es como una condición que de pronto se impone sin preguntas. Es fría. No hay remedio. Nadie sabe cómo se ve por fuera. La fachada está por dentro. Arturo Alcázar busca un espejo. Se encuentra solo. El silencio está vivo y respira intranquilo. El aburrimiento cuelga como telarañas del techo. Arturo Alcázar busca una hoja en blanco. Una puerta pálida aparece. El aire calienta los pulmones de angustia. El ritmo del

encierro es demasiado uniforme. Finalmente, la puerta se abre.

Entonces, Arturo Alcázar siente que está cerca del remedio. Casi puede respirar un exterior. Sin embargo, sigue siendo un cuarto cerrado, sin resquicio ni ventana. La habitación está repleta de muebles cenicientos y las paredes están, casi por completo, cubiertas de una extensa galería de cuadros. Un olor penetrante a hoja enferma se presenta de golpe. Los marcos de las pinturas y fotografías que cuelgan presumen texturas agresivas de madera, encerradas en simétricos paralelogramos. El gran librero central también sufre de una geometría monótona: un perfecto cuadrado en armonía con el resto de su entorno.

Esta forma padece de una doble naturaleza y, para Arturo, el juego desemboca en extremos opuestos. El cuadrado bien puede ser una figura de encierro desde un punto de vista bidimensional: hacia donde se quiera escapar, hay siempre un freno. En todas las posibilidades de dirección en que se mira, no hay salida, no hay nada. Sin embargo, Arturo piensa que plantear la tercera dimensión puede resultar divertido: un cuadrado, mirado hacia dentro, a lo que puede estar

detrás, a un posible más allá, visto de lado, como si fuera una simple aguja dividiendo un antes de un después, no es menos que un umbral. Ningún punto de partida contiene más infinito hipotético que un humilde umbral, trazado en cuatro sencillas líneas que se tocan las puntas. Arturo casi tiembla ante la contradicción, pero da un paso al frente y nos deja detrás.

Esto es lo que pasó. El cuarto estaba tapizado de ficción. Decenas de historias estaban condensadas en papel, apretado en unos cuantos centímetros entre los muros del librero. Los retratos y los paisajes lo esperaban con calma detrás del cristal. Tenía que decidir por dónde empezar. La elección era difícil. A pesar de que Arturo se tomaba el orden con bastante seriedad, la algarabía de aquella libertad tan súbita se apoderó de su conducta. Leía un primer capítulo y brincaba al libro siguiente, luego a otra fotografía, luego a observar sólo el cielo de un paisaje, luego únicamente las pinceladas inferiores de un óleo sobre lienzo. Ya no podía parar.

Así comenzó a desplazarse por la habitación, dibujando cuadrados con su trayectoria que más bien se comportaban como círculos, tomando pequeños

vistazos de cada obra. Cada una iba diciendo lo suyo, simultáneamente, encimándose una sobre otra como páginas traslúcidas formando un solo dibujo. Entonces, Arturo Alcázar entendió que todas las historias suceden al mismo tiempo, algunas casi dentro de otras, en un instante perpetuo, en un mismo círculo, en una misma figura, en un mismo cuadrado.

Ningún punto de partida contiene más infinito hipotético que un humilde umbral, trazado en cuatro sencillas líneas que se tocan las puntas. El cuadrado cuenta con el mejor escape ante su rigidez, el remedio perfecto contra su propia naturaleza.

CONTENIDO

Inapelable	17
Entonces subió el volumen	20
Aurora, mi cielo:	23
Esperen a ver el postre	26
Inapelable	29
Prefiguración del vacío	32
Esperen a ver el postre	35
El silencio se extendía sobre el páramo	39
Inapelable	42
Código binario	44
Calor	46
Prefiguración de la verdadera penumbra	48
Esperen a ver el postre	51
El mar	56
Inapelable	58
Elemental	60
Perros en la niebla	64
El mar	66
Aurora, mi cielo	68
Esperen a ver el postre	72

Elemental	74
Crea	78
Inapelable	79
Ficción	81
Calor	83
El mar	85
Inapelable	86
Encuentro con Roberto Bolaño	88
Bocanada	90
El hambre	93
Bocanada	95
Encuentro con Roberto Bolaño	98
Pecado	99
Inapelable	100
El mar	103
Calor	104
Aurora, mi cielo	107
Sobre el mar	111
Inapelable	112

INAPELABLE

Fue a mis veintidós años cuando conocí el verdadero significado de la palabra “inapelable”. Últimamente había estado acostándome temprano y poniéndole mucho picante a la comida. Un espeso sinsabor se derretía poco a poco sobre las cosas. Caminaba la calle de mi privada de un lado a otro, con la esperanza de encontrarme con una sensación nueva, con algo inesperado, o al menos con la ilusión de tropezar. Fue a mis veintidós años cuando murió mi madre, dejándome solo de pronto en una casa que había sido construida para al menos cinco personas.

Desarrollé un odio visceral contra la casa. Pasaba la mayor parte del tiempo fuera de ella, caminando y dando vueltas en el parquecito que estaba enfrente. Trepaba, con los pies desnudos, el faro verde descompuesto que solía iluminar el parque y, por lo tanto, la vista que tenía la ventana de mi madre. Para agotar mi energía, me paraba en las bancas de metal y aleteaba fuertemente con mis brazos. El ejercicio era tan absurdo que al final sentía que

era lo único que tenía sentido. Siempre miraba hacia el cielo, que ya no parecía la presencia de algún azul cercano, sino que más bien se veía como una abrumadora ausencia de oscuridad. Los días tienen luz porque se parecen al infierno. Incluso varias noches las pasaba afuera, temblando hasta los sueños, mientras la casa se quedaba quieta, mirándome triste, como si estuviera esperando su propia muerte.

Un mal día, acostado en el pasto, mientras mi mente formaba pinturas imaginarias con las nubes, surgió finalmente la pregunta: “¿Por qué?”. La pronuncié en voz alta. Algo me sacudió de pronto. No podría decir que fue un golpe de consciencia, porque, más bien, me sentí enfrentando mi propia ignorancia; aunque supongo que no deja de ser un descubrimiento. El viento sacudió todo el parque de súbito. Entonces, acomodándome en una nueva porción de pasto, me encontré con un dibujo, con *el* dibujo. En un parque tan desierto como ése, yo podía asegurar que aquello lo había dibujado la mismísima soledad, pero esas verdades se las dejo siempre al que, quien quiera que sea, lo sabe todo. Fue a mis veintidós años cuando me

encontré, en un mal día, el dibujo en el parque más desierto de mi ciudad.

El dibujo era un anuncio, un evidente, profético e indiscutible anuncio. Los trazos eran feroces, definitivos, sin dejar nada a la deriva, ni un detalle ambiguo. Al verlo, todo tuvo sentido para mí. Me sentí real, irreparablemente real. Todo cayó en su lugar. Me sentí humano. Jamás pensé que tanta lógica se pudiera encerrar en una sola hoja de papel, una hoja que me miraba a los ojos con seguridad, me miraba incluso con soberbia. Entonces entendí mi verdadera condición, la de todos nosotros.

El dibujo inapelable se veía más o menos así:

Lo contemplé en silencio.

ENTONCES SUBIÓ EL VOLUMEN

Pasaban los meses y la guerra avanzaba rápidamente, como el mar devora los castillos de arena. Pero ese día sonó el primer atisbo de *rock* en el mundo.

El adolescente estaba sentado en el piso, con la espalda apoyada en su cama y la cabeza tumbada sobre el colchón. Escuchaba música. Miraba el techo como quien mira cuando tiene los ojos cerrados. Escuchaba música. Sin escudriñar el sonido, sin esfuerzo, dejaba que sólo llegara, como el mar llega a los pies. Escuchaba música. Todo subía. Por más lento que fuera el ritmo, las cosas no bajaban. Escuchaba música que se alzaba como la espuma. El tiempo era casi un globo con helio, y la música y todas las cosas iban atadas de su cordón.

Entonces, de la radio que tenía colgada en la pared comenzó a sonar esa que, algunos años después, sería considerada como la primera semilla del *rock* en la historia de la música. Era la primera vez que algo así se transmitía en cualquier estación del mundo. El

adolescente enderezó la cabeza. La armonía le recordó los colores del atardecer en el que su padre se fue a la guerra. Sintió cómo se le acumulaban las lágrimas en el borde de los ojos. Las contuvo tanto que finalmente se le derramaron hacia dentro, acumulándose en su cabeza. Sentía como si Dios le estuviera contando un secreto. La música estallaba con fuerza y él tenía la sensación de que en cualquier momento todo se iba a reventar.

De pronto, a lo lejos, cayó una bomba. El ruido se estrelló contra la ventana de su habitación. Sonaron también alarmas y gritos. El adolescente no hizo caso, cerró las cortinas y se arrodilló frente a la canción. Miró la radio como quien mira un crucifijo. Miró la radio como probablemente todas las madres en ese momento miraban sus propios crucifijos. Miró la radio como probablemente su padre en ese momento miraba el atardecer por última vez en su vida.

Entonces, subió el volumen. Y pensó que subir el volumen de una canción siempre es un acto sagrado. Y pensó que escuchar música se siente exactamente igual que contemplar el atardecer. Y pensó que toda contemplación del atardecer es un acto sagrado. Pensó, pues, en todo lo

que puede nombrarse sagrado. Así, el adolescente rezaba sus propias plegarias.

Adentro, la música reventaba con fuerza; afuera, reventaron dos bombas más. Era complicado diferenciar una de las otras. No hay remedio. Afuera, la gente gritaba “¡Dios santo!, sálvese quien pueda”; adentro, su radio cantaba “¡Dios santo!, algo está cambiando”. Estamos atados al globo con helio. El adolescente, con la cabeza llena de lágrimas y el cerebro cubierto de sal, no entendía bien qué era lo que estaba cambiando, pero sí entendió que una guerra se desataba con fuerza dentro de su radio.

En ese momento, su madre golpeó la puerta con brusquedad.

AURORA, MI CIELO:

*Siempre imaginé que el Paraíso
sería algún tipo de biblioteca.*

JORGE LUIS BORGES

Si no estoy loco, ya pasaron siete meses desde la última vez que te vi. Sé que acordamos no mantener ningún tipo de contacto hasta que terminaran los doce meses de estudio, pero no pude resistirlo más. Te escribo con un solo propósito: quiero pedirte que vengas, que vengas ya y como sea. Me están pasando cosas muy extrañas. Aurora, mi cielo, tengo miedo. Sé lo que estás pensando, pero te aseguro que hay buenos motivos para rendirme.

Primero que nada, el estudio está cada vez más caliente; no te sé decir por qué ni de dónde viene tanto calor, pero últimamente no hago más que sudar. Puede que tenga que ver su pequeñez. Cuando me dejaste aquí en el edificio ni siquiera quisiste asomarte a ver

cómo era el cuartito recién comprado: el estudio es de 3.60 por 6.20 metros; he tenido el tiempo para medirlo (¿sabías tú que si estiras los brazos tienes la medida exacta de tu estatura?). El estudio es toda mi casa, aunque supongo que ya te lo imaginabas. Tengo una mesa, un escritorio, una silla, una maceta con una planta terrible, una cama, una lámpara, un retrete sin pared que lo separe del resto, un lavabo, un tapete, un librero, una alacena, un refrigerador, una cocineta y es todo. Del lado del librero es donde más se siente el calor, como si saliera un vapor de sauna de la pared o del mueble por entre los libros. Buenos libros, por cierto, te dije que eran las colecciones adecuadas. En fin, el caso es que la temperatura está cada vez más insoportable y, Aurora, mi cielo, tengo miedo.

Ahora te hablaré de mi más grande angustia, es un asunto serio y la principal razón por la que quiero que vengas. Cada noche a las diez en punto, cuando ya estoy acostado y pienso en todo lo que pensé a lo largo del día, cuando busco hallar la posición indicada en la cama para conciliar el sueño en medio del calor infernal, las pisadas de una persona suben las escaleras del edificio, buscan

mi estudio y se posan en el borde inferior de mi puerta: el par de siluetas, contra la luz del pasillo exterior, me indican que son los dos pies de una persona y no se trata de algún animal. El hombre, o lo que sea, no golpea ni toca el timbre. Parece que vigila o que espera algo, que pega el oído y me escucha respirar. La sombra no se va nunca, siempre me quedo dormido y al despertar ya no hay nada. Esto comencé a notarlo a mis tres meses de trabajo en el estudio. Siento que sólo está aguardando a que yo salga de aquí para matarme, o bien, simplemente espera una noche dejar de escuchar mi respiración. Creo que quiere cerciorarse de mi muerte. Hay alguien que se para todas las noches detrás de mi puerta, en medio del silencio (siendo parte de él), y Aurora, mi cielo, tengo mucho miedo.

ESPEREN A VER EL POSTRE

Estábamos en la sala esperándolo. Mi hermana jugeteaba con uno de sus aretes gigantes y yo arrancaba los padrastrós de mis dedos. Nos habíamos puesto nuestros vestidos favoritos y llevábamos quizá demasiado maquillaje sobre la cara. Estábamos, obviamente, tratando de causar la mejor impresión. Estiré la mano para alcanzar otra galleta.

—¡Te las vas a acabar!

—Perdón.

Nunca habíamos comprado unas galletas tan costosas, aunque yo comía por nervios más que por otra cosa. Me sentía fea, ridícula, insuficiente. No podía dejar de mirar mi vestido. Era de un color amarillo que por primera vez me pareció chillante, tenía un estampado de distintas flores que nunca había visto tan soso. A discreción, intenté aflojar el escote.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Parezco una niñita.

—Pues eso eres, Mary, una niñita. Así que ni se te ocurra coquetear con Él, ¿me oíste?

—Como si tú le pudieras interesar...

—Suficiente.

Y volvió el sonido del péndulo a la sala. Hacía mucho calor. Sentía el maquillaje acumulado en gotas de sudor a punto de soltarse a correr sobre mi cara. Podía percibir el olor de la pasta saliendo por nuestra vieja cazuela. Todo en esa casa era terriblemente viejo. Me dolía tan sólo imaginar Sus zapatos de gamuza azul pisando nuestra alfombra desgastada. ¿Cómo diablos tuvimos el valor? ¿Cómo diablos Él iba cenar en nuestra casa?

Todo surgió porque una de las mejores amigas de Maggie, Priscilla, comenzó a trabajar en la casa de una mujer rica, que al final resultó ser Su tía. En cuanto se enteró del parentesco, Priscilla consiguió concertar una cena en nuestra casa, ya que sabía muy bien que éramos Sus más grandes admiradoras. “El Rey en nuestra casa”. Desde que nos dijo, no pude volver a dormir bien. Todos los días ponía Sus discos una y otra vez. Bailaba en mi cuarto y lo imaginaba a mi lado, moviendo Sus caderas con la sensualidad divina que sólo Él tenía cuando se

sacudía. Lo imaginaba acostado en mis sábanas, con Sus ojos suaves mirando el cielo por mi ventana, pensando en una vieja tonada de *rock and roll*, y murmurándome al oído con Su voz de oro: “Ya casi amanece”.

Mis manos estaban empapadas de sudor. Elvis en mi casa. Me acomodaba compulsivamente el mismo mechón de cabello. Elvis en mi cuarto. Me mordía y me humedecía los labios sin parar. Elvis en mi cama. Me temblaba todo el cuerpo, todo el cuerpo sin control. Elvis perfecto. Elvis divino. Elvis por siempre.

Ya iba retrasado por más de media hora. Se estaba acabando la luz en la sala y yo sentía todo el estómago revuelto. Entonces sonó el timbre. Lo sentí extraño porque sonó como si lo hubiera tocado cualquier otra persona. Maggie pegó un brinco y me pareció que por poco se tropieza camino a la puerta. Noté que se bajó el escote. Yo no supe ni acomodar mi taza de té en la mesa. El líquido oscuro se derramó sobre la alfombra y me eché a reír de los nervios. Luego escuché la puerta abrirse. Elvis en mi casa.

INAPELABLE

El dibujo era tan claro, que lo primero que tuve que hacer fue encerrarme en la casa. No sabía muy bien por cuánto tiempo iba a tener que estar ahí, pero tenía el presentimiento de que podía ser mucho, así que me hice de una buena cantidad de comida y me recliné sin mucho ánimo. La casa me estaba esperando.

Una vez dentro, ya no tenía nada que hacer. Caminaba por las habitaciones a paso lento y trataba de soportar las pesadas aguas presas de la memoria. Me llevaba con frecuencia el dorso de mi dedo índice a la boca y lo mordía, esperando no sé qué. Lo mordía con la fuerza suficiente para dejar las impresiones de mis dientes no sólo en mi piel, sino en mi tejido muscular. No había remedio.

Empecé a fumar, a fumar mucho y a fumar con fuerza. Asalté la reserva de cigarrillos de mi madre, ponía más de medio filtro entre mis labios y jalaba con la fuerza suficiente como para que el humo llegara al final

de mi espina dorsal. Sentía que todo era inútil y tedioso. Empecé a leer. Había un gran librero cuadrado en una habitación. Me habían contado que las colecciones pertenecían a mi abuelo, quien llevó el mismo nombre de mi padre y el mío: Arturo Alcázar.

Según sabía, mi abuelo era escritor. El mueble estaba repleto de libros y elegir por dónde empezar no fue tarea fácil. Había libros del vacío, libros del silencio, libros de la aurora, libros de penumbra, libros del mar. No tenía nada más que hacer. Libros sobre el mar. Navegar sonaba como una idea apacible, pero yo no quería leer al respecto, yo quería salir y hacerlo. La casa parecía más hermética que nunca y el pasado me asaltaba con cada pensamiento. La angustia sólo crece a puerta cerrada. Me temblaban las manos. No podía evitar preguntarme una y otra vez: ¿Por qué?

Pensaba en remolinos y espirales que siempre terminaban aterrizando en lo que revelaba el dibujo, y de cuando en cuando le volvía a echar un vistazo:

Ver aquellos trazos meticulosamente acomodados me hacía sentir una náusea terrible. Fumaba nervioso. La soledad me calentaba los pulmones de angustia. Sintiendo esto, alguna fuerza desconocida me llevó a buscar una hoja en blanco. Empecé a escribir. Casi me sentía mejor. Finalmente, me detuve hasta que entendí que no había remedio: en la hoja descansaba la tinta de la prefiguración de mi vacío.

PREFIGURACIÓN DEL VACÍO

Anoche mientras cagaba pensé en la soledad. Fue abrumador. Me sorprendió con una sensación fría sobre los muslos. Cuando terminé, me subí el pantalón y me asomé por la ventana. Desde arriba, observé el parque vacío. Cierta preocupación me empezaba a inundar el pecho. Apurado, bajé las escaleras y salí de la casa. Exterior. Cruzé la calle y me dispuse a recorrer el parque. Todos los faroles estaban apagados. Lo imaginé como un agujero de penumbra en medio de las luces de la ciudad. No encontré el exterior. Caminé hundido en mí mismo. Una idea tibia se anidaba en mi cabeza. Entonces salí del parque y caminé unas cuantas cuadras. Traté de conservar la calma. Vi algunos rostros atravesarse frente a mí, con prisa, con miradas que más que ver hacia fuera iban hacia dentro. Busqué en todos algo que no encontré. Decidí que necesitaba caminar hasta el centro de la ciudad. Respiré hondo y aceleré el paso. Un terrible viento helado se enredaba en mis piernas. Entumecido,

subía los hombros para cubrir mi cuello, mi cabeza se hundía en mi cuerpo. Desfilaban a mis costados paisajes punzocortantes, la oscuridad con recortes de calles tajadas por las escuadras de luces típicas de media noche. Cada vez me iba rodeando de más ruido. Volví a inhalar hondo, pero no conseguía nada. Las líneas indelebles del centro se inclinaban en diagonales violentas. Se me hincharon las venas y el corazón me latía por todo el cuerpo. Al ver a tantas personas quise sentir alivio, pero ya ni siquiera podía respirar. Perdí por completo la calma. Estaba, en realidad, rodeado de proyecciones, imágenes de los demás en movimiento, con sus estridencias tan familiares, como si estuviera acorralado por una inmensa pantalla sin principio ni fin. Luego me aterró al pensar que probablemente yo era parte de la pantalla, yo estaba encerrado en ella. No hay salida de emergencia. Llevamos a cuestas nuestra vida pensando que somos capaces de rodearnos de otros, que todos ellos están de verdad frente a nosotros. Entonces pensé que la soledad es del color de las personas. Quería escapar. Pero miré hacia arriba y experimenté un remate de sensaciones. La certidumbre me caía de las estrellas.

Temblores gélidos cabalgaron sobre mi espalda. El cielo se volvió pesado, pero no se me cayó encima. Desorientado, cerré los ojos y caminé en distintas direcciones. La pantalla era un terrible cuadrado. Finalmente, tuve la desgracia de toparme conmigo mismo, con un espejo enorme. Me miré. O al menos traté de mirarme. Busqué lo que llevaba toda la noche buscando. No encontré nada del otro lado. Podía echarme a llorar ahí mismo. Era como acostarse desnudo sobre una mesa fría. Persistí, di un paso al frente y me esforcé por ver acaso un atisbo de compañía en todas esas figuras y colores. El espejo se mantuvo sin devolverme lo que le pedía.

ESPEREN A VER EL POSTRE

No eran zapatos de gamuza azul. Eran de vestir, negros y bien lustrados. Me recordaron a un antiguo pretendiente que usaba unos idénticos cuando trataba de impresionarme. Venía en mangas de camisa y pantalones vaqueros. Su voz era grave y tersa. Lo primero que le escuché decir fue:

—Perdón por llegar tarde.

Sentí que yo también me derramaba sobre la alfombra. Nos estaba pidiendo perdón. Con cuidado de no desmayarnos, Maggie y yo lo atestamos de disculpas como “Oh, Dios mío, por favor”, “No tengas ningún cuidado”, “A esta hora siempre es imposible”, y ese tipo de cosas. Es probable que hayamos dicho todo eso con un volumen demasiado alto, era muy difícil contener los gritos de la emoción. Al mismo tiempo, lo abrazábamos torpemente: su colonia seguía fresca y pude distinguir la fragancia favorita de nuestro padre. Creo que sentí el sudor gotear de mis manos.

Lo invitamos a pasar a la sala, pero nos dijo que prefería pasar directo al comedor porque olía delicioso y estaba muy hambriento. Le dirigí una breve sonrisa a Maggie, pensando en que yo iba a terminar aprovechándome del gasto de las galletas. Se sentó. Su imagen parecía superpuesta encima del resto del comedor, me pareció un cuadro surrealista: era difícil creer que Él estaba ahí. Serví el vino mientras la mano todavía me temblaba. Elvis en mi mesa. Maggie sirvió la pasta y empezamos a comer. Me costó trabajo dirigirle la palabra.

—Soy tu más grande admiradora.

—Muchas gracias —habló con la boca llena. Esto no lo esperaba.

—Tengo todos tus discos y tengo imágenes tuyas por todo mi cuarto.

—Gracias —reiteró mientras seguía devorando la pasta. Luego se limpió con una servilleta.

—...discos que, por cierto, todo eso, verás, yo le compré, por supuesto —Maggie quiso tomar delantera, pero no podía formar las oraciones con normalidad.

—Lo puedo imaginar —le contestó tratando de dibujarse una sonrisa. No estoy muy segura de cómo

me sentí. Debo reconocer que nunca imaginé una sonrisa *suya* cubriendo ningún tipo de bolo alimenticio.

Por un momento volvió el sonido del péndulo. Maggie aún no tocaba su comida. Tenía los ojos muy abiertos y las piernas muy juntas. Estoy segura de que le hubiera encantado correrme de la casa en ese instante. Pero Él era mío: yo iba a encontrar una forma de tenerlo a solas antes que ella.

—¡Qué torpes! Estamos comiendo en puro silencio. Mary, ¿por qué no vas a tu habitación por uno de sus discos?

—No seas tonta, Maggie. Estoy segura de que Él se escucha todo el tiempo, y es lo que menos quiere cuando está de visita, ¿no es así? —Me sentí insolente, pero audaz. Noté la furia de Maggie por cómo apretaba el tenedor. Él se echó a reír.

—Señoritas, no se preocupen por la música. Ya bastante hicieron con la cena, está exquisita.

—¡Yo misma la preparé! Y esperen a ver el postre —entonces entendí por qué Maggie no me había permitido ayudarle en la cocina.

—¿En serio? ¿Qué es? —por la forma en que abrió los ojos, se le notaba que era un hombre de postres.

—Es una sorpresa. Te va a encantar. Lo puse a hornear hace un momento para que lo pruebes recién hecho.

EL SILENCIO SE EXTENDÍA SOBRE EL PÁRAMO

Después de terminar el trabajo, de recoger el cempasúchil y cargarlo en la camioneta, mi compadre Leopoldo y yo nos recostamos un momento para descansar sobre la tierra. El sol ya bajaba para esconderse, así que nos dedicamos a buscar las primeras estrellas. Las nubes estaban cargadas de un naranja asfixiante, como el color de las flores en la camioneta.

—Dime algo —me dijo—. ¿Qué es lo que crees que hay atrás de todo eso?

—¿De eso? —pregunté señalando el cielo.

—Sí, de todo eso.

—Yo qué sé —contesté. Pero luego lo pensé con cuidado— ...Silencio, me imagino: silencio con polvo y estrellas.

—Pero de este lado también hay silencio.

—Sí, pero yo te hablo del silencio de verdad. Aquí nosotros podemos callarnos la boca y quedarnos

así un rato, pero jamás habrá un verdadero silencio. Estamos aquí abajo, atrapados en el mero ruido del mundo —tosí pesadamente. Me dio un sabor a flemas y a cigarro añejo.

—Creo que te entiendo —dijo y resopló—. Creo que ya me gustaría sentir un poco de eso, de lo otro.

—Sí, aquí abajo, puro desmadre —dije y me llevé la mano derecha al costado izquierdo—. Me cuesta trabajo imaginarlo. Incluso si decimos algo importante las palabras no salen de aquí, no se escuchan más allá. De los que están atrás, nadie nunca sabrá nada.

—Sería mejor estar ahí para quedarnos sordos.

—Sí, pero tenemos que encargarnos de nuestro desmadre.

—Del trabajo.

—Del trabajo.

—De mis hijos.

—De los míos.

—De mi mujer —dijo—. Siempre tan angustiada.

Entonces apreté los labios. Ninguno de los dos despegaba la vista de allá arriba.

—Qué griterío el de mi casa, ¿no? —agregó asomando los dientes, aunque yo sabía que era una sonrisa fingida.

—Fue el ruido que nos tocó —sólo pude comentar—. Y con lo que nos tocó hay que conformarnos.

—No hay remedio.

—No hay salida.

Sin mover la cabeza, mi compadre Leopoldo me miró por el rabillo del ojo.

Yo tampoco me moví, pero sentí su mirada.

—Debe de haber —dijo y volvió a levantar la mirada. Entonces sí que guardamos silencio.

El sol ya tocaba los cerros más lejanos. Había esparcido su arcilla por las nubes. De pronto la penumbra comenzó a brotar desde el fondo, desde el silencio. Ya nos debíamos ir. La oscuridad no se detenía. Ambos sabíamos bien lo que estaba pasando. Mi compadre Leopoldo resopló, yo apreté los labios y me llevé la mano derecha al costado izquierdo. El sol terminó de hundirse y detrás arrastraba sus paños de sangre. Ni siquiera entonces nos levantamos. Yo traté de respirar hondo en el último instante de luz, pero la noche lo asfixió todo. Por un momento, creí escuchar el silencio.

INAPELABLE

Tiempo después, el dibujo desapareció. Tardé un tiempo en notar su ausencia, pero cuando lo hice no me pude estar quieto. Lo buscaba por todas partes. Fumaba nervioso. Debía estar por ahí, pensaba, debajo de alguna cama o de algún otro mueble. Un día, incluso, a la mitad de una inspección encontré un poco de sal entre mis sábanas. Pero el dibujo sencillamente no aparecía. Acabé generando un miedo terrible hacia ese pedazo de papel, como si hubiera soltado una araña mortal dentro de la casa. De pronto, tenía la sensación de que el dibujo estaba en todas partes, escondido, debajo de todas las cosas.

A pesar de todo, lo recordaba con una precisión exagerada. Aparecía en mi mente a cada momento, me causaba mareos, como si pensar en él implicara navegar por aguas muy encrespadas. Aparecía en mis pesadillas, con sus figuras afiladas, tajantes e indiscutibles. Despertaba para vomitar. Luego vino el hambre. El

alimento sólo servía para recordarme el dibujo. La náusea siempre volvía, como las olas. Tuve que dejar de comer. Tuve que dejar de hacer muchas cosas.

Unos días después, se terminaron los cigarros, mi autodestrucción silenciosa. Supongo que es más fácil destruir que construir. Volví a morder el dorso de mi dedo índice. Al cabo de tres horas, tomé la decisión de fumar lo que pudiera. Releí mis libros favoritos antes de empezar a fumarlos. Muchas veces, leer me hacía olvidarme de la náusea, pero yo necesitaba fumar. No había otra opción.

CÓDIGO BINARIO

Arturo Alcázar era un pequeñín de nueve cuando se dio cuenta de que toda la vida estaba tejida por decisiones. Apenas cumplía los diez cuando descubrió que él definitivamente no quería tomar ninguna. Arturo tenía once años cuando se encontró con que en esta vida no hay remedio: no se puede escapar bajo ninguna maniobra de la toma de decisiones. Un día, cerca de su fiesta de cumpleaños número doce, pensó que incluso alguien que jamás se levanta de su asiento, que nunca mueve un solo dedo, es alguien que toma decisiones: una cada segundo. Fue en su treceava fiesta de Navidad, rodeado de gritos de hombres borrachos y de mujeres abrazándose en silencio, en medio de la música incansable y estridente, cuando pensó que los muertos nunca toman decisiones. A punta de los catorce años, Arturo, colmado de cada minuto amargo de su vida, escribía, con las cejas fruncidas y el gis muy apretado entre los dedos, que la vida no es más que un desdoblamiento

infinito de dilemas violentos, una serie de clasificaciones binarias del inmediato, que se amontonan la una sobre la otra, que se asfixian a sí mismas. Arturo pasó la primera década y media de su vida fastidiado. Ante cada pregunta, palabra, movimiento, hacía una mueca. Estaba harto de las decisiones, no quería tomar nunca una más. Tomó un frasco de medicina y le quitó la tapa con brusquedad. Miró, con decisión, el interior lleno de pastillas. Decisión. De pronto entendió que no podría morir en paz, porque tomar el puente a la dimensión de la tranquilidad y el silencio era precisamente la decisión más pesada que una persona podía tomar. Atravesaría maldito para siempre. En esa muerte uno tampoco está tranquilo. Imaginó un silencio eterno y lleno de angustia. Ante el dilema del suicidio, entonces, titubeó con una mueca. Así, Arturo Alcázar tomó la decisión de su vida.

CALOR

Intento dormir boca abajo. Me duele todo el cuerpo porque don Pendejo se metió a entrenar box. Llevaba, de todos modos, demasiado tiempo boxeando solo. Cierro los ojos y lo primero que viene a mi mente es el baño de mi departamento, poco a poco infestándose de chingos de insectos diminutos que se mueven lento, como los puntos suspensivos de una novela policiaca.

Mi primera cucaracha en la cocina: la luz se enciende y aparece corriendo a esconderse detrás del fregadero, donde quién sabe cuántas más chingaderas de esas haya. Entonces todo, hasta el aire, se siente sucio. Comienzan a aparecer las crías de la sugestión: microcosquilleos aleatorios en la piel que bien podrían ser las minúsculas patitas del resto de la familia insecto. Barrer, trapear, limpiar y lavar inmediatamente todos los platos sucios, de pronto, parece un esfuerzo que valió para pura verga.

La licuadora que acababa de regalarme una tía: una tarde se rebela, arremete contra mí y contra el sistema,

escapa de mis manos y se estrella en el azulejo. Los pedazos de vidrio se esparcen por toda la cocina (algunos jamás los alcanzará la escoba), y luego un silencio.

Los ventiladores, siempre encendidos: los de piso, siempre haciendo demasiado ruido como para escuchar música; los de arriba, siempre aparentando que en cualquier momento se van a soltar del techo y me van a cortar la cabeza. Gira uno en cada pedazo de la licuadora. Todo da vueltas.

El calor sin misericordia (hijo de putaaaaaa): que partió desde la superficie del sol y se fue arrastrando entre la arena y el silencio del espacio sin gravedad, acarició primero con cariño nuestro cielo, y luego penetró en erección al oxígeno hasta bajar a mi nueva ciudad. Se coló por los pasillos de mi edificio, por los orificios de mis puertas, y todo eso para impregnarse glutinoso en mi piel. A veces voy al baño simplemente para olearme los huevos.

Mis libros, llenos de polvo, de polvo y de silencio: ninguno de mis libros habla. Usualmente se pone muy silencioso por aquí. Hay un vecino hijo de la chingada que arrastra la silla cuando se sienta a comer. Todas las paredes rechinan. No sé quién es ni en qué piso vive, pero prometo que lo encontraré y lo mataré.

PREFIGURACIÓN DE LA VERDADERA PENUMBRA

Me da miedo la oscuridad. Me da miedo todo lo que es oscuro. Hay detrás del color negro algo que no se quiere dejar ver. Me estremece todo el espinazo. Por eso prefiero escribir con tinta azul.

A veces me entretengo en el espejo como frente a una ventana. Busco la verdad detrás de mis ojos negros. Es aterrador. Detengo la mirada en las raíces de mi cabello. Estamos repletos de oscuridad y no podemos escapar de ella. Solía pensar: “uno de estos días ya no lo soportaré más”.

La otra noche tuve que escribir mis versos con la única pluma que encontré. La letra negra tenía minúsculos canales entintados, misteriosos, puentes y caminos de noche. Miré a los ojos a mi texto y a sus calles y terrazas, y le pregunté “qué”. Se me enfrió toda la espalda de abajo para arriba, del puro escalofrío se me cubrieron de escamas los brazos. Entonces sentí que mis

letras se iban a abrir desde el fondo para mostrarme lo que tenían debajo escondido, como serpientes negras cambiando de piel. Sentí ganas de llorar. Pero luego se detuvieron y prefirieron dejarlo para otro día.

Suspiré y levanté los ojos a la sala de televisión. El aparato apagado, un gran cuadrado negro, me contemplaba bajo la luz opaca desde el fondo de un mueble. Jugaba a ser espejo. Casi me dijo “quédate quieto” y me intentó retratar. En su vidrio oscuro me devolvió la vista de mi sala, pero de otra sala. La miré con atención y dije, “no hay remedio: es otra”. Y luego me vi sentado en medio de un sillón que no se estaba del todo quieto, porque lo de abajo que debía ser el piso era en realidad un río de no sé qué y no sé qué más.

El sillón era más bien un pedazo de tronco, una tabla náufraga que pretendía flotar y que me llevaba con la corriente hacia algo que me daba miedo saber qué era (quizá un lugar que no quería conocer, o quizá uno que me aterraba sentir conocido). Entonces busqué mi rostro navegante y, al ver que no encontraba ni siquiera el negro de mis ojos, me sentí como un muerto que quiere gritar: todo yo era oscuridad

y penumbra hacia dentro, era la silueta inmóvil de alguien más en el cristal de la televisión, alguien que, sin moverse, me miraba aburrido.

No podría decir qué me pasó. Me levanté, todavía dueño de mí mismo, y caminé al ventanal del balcón que daba a la playa. El mar era una sábana negra; y la luz blanca de la luna extendía y alisaba sus pliegues salados en la arena gris. Pero enseguida los pliegues volvían a aparecer, como si algo no se estuviera quieto ahí debajo. Estamos repletos de verdadera incertidumbre y no podemos escapar de ella.

El sonido me recordó el ruido que hacen las tripas, el golpeteo que dan los corazones envueltos de oscuridad y costillas. Luego sentí la tremenda penumbra en la que se movían mis intestinos, en la que descansaba mi lengua, en la que se humedecía mi cerebro. Dije, “qué oscuro está ahí dentro”, y jalé un poco del aire iluminado para poder respirar, pero todo eso se fundió a negro apenas llegó a mis pulmones.

ESPEREN A VER EL POSTRE

Ya no sabía muy bien de qué valerme ahora que mi hermana había captado Su atención con sus talentos culinarios. ¿Qué podía hacer? Yo sabía bailar, por ejemplo; aprendí a seducir a los chicos con el puro baile. El secreto me lo había enseñado mi mejor amiga, Lisa: “¿Sabes qué quiere decir *rock and roll*, Mary?”, me preguntó mientras movía la cadera con soltura y todos los chicos la miraban: “...sexo”. Cómo me hubiera encantado poder bailarle a Él así, de pronto, sin música, y susurrarle al oído el secreto del *rock and roll*, que seguramente ya se sabía de memoria.

—¿Quieres que te sirva más vino? —Me armé de valor.

—Sí, por favor. Muchas... —Crac. Él intentó tomar la copa para acercármela, pero se le resbaló porque *sus* dedos estaban grasosos—. Ay, Dios mío, cuánto lo siento.

—No te preocupes.

—Cielo santo, qué vergüenza —comenzó a murmurar mientras limpiaba.

Algo no andaba bien. Tuve de pronto una sensación muy extraña. Quise preguntarle algo, aunque no estaba segura qué, pero Maggie otra vez se puso en medio de mi camino: llevó la plática a un lugar muy absurdo, preguntándole cosas estúpidas de música, diciéndole que le encantaban los bailes, los conciertos, las noches románticas y los hombres que sabían cantar. Él sonreía y seguía comiendo, haciendo unos ruidos extraños al masticar. Algo no andaba bien. Cuando soltaba una carcajada era incómodo, porque no era como la de la grabación en vivo de *Are you lonesome tonight?*, en la que accidentalmente confunde la letra al principio y, a partir de ese momento, se la pasa soltando atractivas carcajadas el resto de la canción. No, en aquella cena su risa era distinta. Traté de ignorarlo y cambiar el tema.

—Pero estoy segura de que estás harto de hablar siempre de todo eso —interrumpí a Maggie, jugando con mi cabello—. ¿Por qué no hablamos de algo más? ¿Cómo fue estar en el ejército? ¿Qué opinas de la guerra?

—El ejército fue divertido. Yo creo que la guerra...

—Mary, por favor, no interrumpas —La mirada de Maggie se tornó mortal, pero ya nada me importaba.

—Maggie, no seas estúpida, acabas de interrumpirlo tú misma —El rostro de mi hermana adquirió un tono rosado.

—¡Mary...! —Arrancó su ira poniéndose bruscamente de pie, pero Él la detuvo alzándose también:

—¡Creo que algo se quema!

En efecto. Estábamos tan concentradas en conquistarlo que no pudimos notar cuando el olor de la casa comenzó a cambiar. Ahora ya era imposible ignorarlo: el postre.

—¡Ay, Dios mío! —Maggie fue corriendo. Yo me quedé sentada unos segundos. Entonces, salió un denso bloque de humo por la puerta de la cocina—. Mary, ¡ayúdame!

Pero yo estaba molesta. Me puse de pie, Lo tomé de la mano muy fuerte y me dirigí hacia las escaleras. Él estaba pasmado. Subimos. Tropezó con el último escalón. “¡Mary...!”, todavía alcancé a escuchar la voz

de mi hermana que gritaba maldiciones ininteligibles y cubiertas de humo. Cerré mi puerta con seguro. Elvis en mi cuarto. Ya sin miedo, sin la menor duda, me lancé a su cuerpo y le besé los labios. Había en nuestras bocas un temblor desconocido, era difícil distinguir a quién de los dos le pertenecía, pero eso me incitó más a quitarle la camisa. Abajo. Elvis en mi cama. Besé todo su pecho y luego Él me comenzó a acariciar por debajo del sostén. Elvis en mi cuello. Levanté la cabeza y pude ver mi póster en el que está vestido como un vaquero, con pose *western*, apuntándome con un revólver. Bajé la vista y observé al verdadero, cubierto de sudor. Elvis desarmado. Elvis en mis brazos. Entonces sentí su erección insurgente a través de mi falda. Elvis es un hombre.

Pero, de pronto, se detuvo. Se detuvo por completo. Nada. Se movió a un lado.

—Espera —dijo con un tono enfermo.

—¡Olvídate de ella! —Me volví a acercar, enfadada.

—Me siento mal —me apartó.

—¿Qué? —Percibí cierta náusea en su voz.

Salió de mi habitación tambaleando y se encerró en el baño. Me quedé sentada en la cama. No lo podía creer. El humo comenzó a ascender hasta mi cuarto.

—¡Mary, juro por Dios que voy a matarte! —Escuché.

Me levanté despacio y caminé fuera de mi cuarto. Del baño salía todo tipo de ruidos intestinales y quejidos reprimidos. Miré por mucho tiempo la puerta cerrada.

—¿Mary? ¡Mary, baja ya, maldita sea! —El humo seguía subiendo y mi hermana seguía gritando. Yo me mantuve de pie, inmóvil, mirando la puerta hasta que el humo me cubrió por completo.

EL MAR

Arturo Alcázar es un hombre como cualquier otro. No importa dónde nació, dónde creció, qué estudió, dónde vive ahora, en qué trabaja, qué ambiciones tiene, qué habilidades, qué torpezas, qué seguridades, qué miedos, qué posesiones. No importa cuánto mide, cuánto pesa, cuántos años tiene, de qué color son sus ojos, su cabello, su piel, qué tan largas se deja las uñas de los pies, cada cuánto se baña. No importa cuál es su música favorita, su color, su comida, su marca de ropa, qué le gusta tomar, qué le gusta ver, con quién le gusta salir. No importa si tiene pareja, no importa ni siquiera si está enamorado, si le gustan las mujeres o los hombres, si tiene muchas o pocas amistades. No importa si tiene familia, si tiene mal carácter. No importa qué parte de su cuerpo se rasca cuando está aburrido, si es un pervertido o un asexual, si le gusta fumar o masturbarse, si le gusta usar condón o ver pornografía. No importa cómo camina, si tiene voz chillona o rasposa, qué tan largo se deja el cabello,

la barba y el bigote, si se le asoma por debajo de la camiseta una barriga de cerveza, a qué le huelen las axilas los sábados por la tarde. No importa cómo se siente por dentro, si llora todas las noches o si canta todas las mañanas, si se siente demasiado solo o demasiado abrumado, si su vida es lo que siempre quiso o si está pensando seriamente en acabarse el botecito de medicina de un jalón. No importa si cree en algún dios. No importa el papel que juega dentro de los moldes y los engranes de la sociedad, y no importa la forma en la que entiende la vida. Arturo Alcázar es un hombre como cualquier otro.

Lo único que importa es que quiere ir al mar. Esa es la condición humana a la que tiene que atenerse. Arturo Alcázar quiere ir al mar, con todas sus fuerzas, eso es lo único que importa.

INAPELABLE

La casa tenía muchos relojes. El ritmo del segundero uniforme hacía parecer que las paredes cargaban con su propia marea. Estaba en todas partes con un reloj distinto. Aunque todos eran peculiares, había uno en particular que siempre me llamó la atención, el más pequeño, el más afortunado. Pasaba sentado mucho tiempo mirándolo fijamente al ojo, al eje del tiempo. Tenía la forma de una casita cuadrada hecha de madera. Debajo le colgaba un péndulo con la figura de una niña en un columpio. Sus ojos eran dos puntos negros y diminutos, pero formaban la mirada más fija que había visto en mi vida. Permanecía atenta, con los ojos bien abiertos, atenta a lo que sea; nunca una distracción, nunca un parpadeo.

Cuando yo fumaba uno de mis libros, la niña del columpio no se detenía. Cuando yo encontraba sal entre mis sábanas, entre mi ropa, la niña del columpio no se detenía. Cuando volvía a fumar otro libro, la niña

del columpio no se detenía. Cuando me terminé los libros, se me quedó mirando con expectativa. Ella sabía muy bien que no podía parar. Así que comencé a fumar las sábanas de mi cama. Al poco tiempo, hice lo mismo en las otras habitaciones. Cuando me volvía la náusea, la niña del columpio no se detenía.

Cuando me terminé las sábanas, comencé a arrancar las cortinas. El sabor era desagradable, pero me hacía sentir mejor: por un lado, me quemaba los pulmones, por otro, la casa se iba desnudando, poco a poco, hacia el vacío. Era como si yo estuviera consumiendo la casa por dentro, luchando contra ella, contra mi encierro. Cuando me desmayaba, la niña del columpio no se detenía y era lo único que parecía moverse, lo único que parecía vivo dentro de esa enorme casa. La niña del columpio nunca se detenía.

ELEMENTAL

Yo soy de los que creen que el ser humano está condenando de antemano a la soledad, a la soledad sin apelaciones. Eso, a estas alturas, ya lo puedo afirmar con certeza. Y en aquel entonces, estaba sumido en uno de los momentos más solitarios de mi vida.

Tenía casi veinte años y vivía con mi abuela en una privada repleta de abuelos. Diariamente, salía de la casa a las seis de la mañana y llegaba a las diez de la noche. En realidad, nada aborrecía más que estar solo, pero tampoco hacía mucho para rodearme de personas. Resulta que cuando uno pasa la mayor parte de su día aislado, se vuelve mucho más quisquilloso al decidir con quién pasar el rato.

Incluso a mi abuela, la segunda persona más sola del mundo, jamás traté de hacerle compañía a la hora del desayuno, o de ver a su lado una de esas telenovelas estúpidas. Había ocasiones en las que yo tenía la oportunidad de llegar más temprano y cenar frente

a ella en la mesa, pero aun así me las arreglaba para quemar ese tiempo a favor y llegar a las diez de la noche. Entonces mi abuela, cansada de estar sola, de no hacer nada en todo el día, ya dormía en su habitación.

Sucedió una de las primeras noches de marzo, cuando el frío de las nubes bajaba hasta el ras de la banquetta. Me encontraba delante de la puerta principal, buscando la llave indicada, cuando apareció un gato en el jardín. Se estaba rascando los bigotes con los bordes de mi viejo Tsurito 86. Era blanco de la barriga y de las patas, negro del lomo y de la cola, y en su rostro se juntaban los dos colores, formando un yin-yang alrededor de sus ojos. Siempre quise tener un gato. Me agaché con cuidado, suponiendo que se iría corriendo, como lo hubiera hecho cualquier animal callejero, pero él buscó mi mano extendida para acariciarse y rascarse los costados. Le agradé desde el primer momento. “Tú vas a ser Watson”, le dije. Lo acaricié, lo abracé y jugué con él hasta que finalmente me quedé dormido a su lado, en plena intemperie. Desperté cuando el frío de las tres de la mañana me estaba congelando la carne. Entré al coche para seguir descansando y Watson

inmediatamente subió a mi lado. Había llegado en el momento en el que más lo necesitaba.

Pasaron pocos días. Watson se acostumbró a visitar el jardín de noche para comer, dormir y volver a las calles en la mañana. Le compré un kilo de comida para gato, le dejaba abierta una puerta del coche y le preparaba camisetas viejas ahí dentro, para que durmiera cómodo. Me seguía a todas partes. A veces paseaba con él antes de meterme a la casa. Me hubiera encantado que durmiera a mi lado, en mi recámara, pero con mi abuela en el cuarto de enfrente no había remedio.

Algunas noches, Watson no aparecía; suponía que había pasado por la casa un poco antes que yo, o bien, que no tardaría mucho en llegar. Así que acostumbraba esperarlo mientras leía en el jardín. Hubo veces que me quedé ahí noches enteras, diciendo su nombre a cada página, silbando, maullando, aullando, esperando que me escuchara y pasara a saludarme. Así lo esperaba hasta que se alzaban los primeros matices cálidos entre las nubes, entonces me ponía de pie y salía a caminar por la calle.

No sé si yo era feliz. No podría asegurarlo. Pero sí pienso que todo eso le dio sentido al hecho de llegar a la casa de mi abuela, al hecho de estar ahí, al hecho de estar.

No tuvo que pasar mucho tiempo. Debo confesar que lo veía venir. Me siento triste al decirlo ahora, la vejez sólo me ha dejado más solitario. No recuerdo exactamente dónde estaba, pero recuerdo que tuve que salir para atender la llamada y noté que estaba atardeciendo. Observé en la pantalla el número de la casa de mi abuela. Nunca fue una mujer de cualidades sutiles. “Ya no quiero ver a ese animal”. Lo iba a envenenar si yo no hacía algo. Watson se tenía que ir esa misma noche.

PERROS EN LA NIEBLA

Arturo Alcázar ama a su esposa. Ella lo ama de la misma forma. Lavan diario su anillo de compromiso. Su habitación siempre tiene un olor parecido al roble. Hacen el amor más de una vez a la semana, ambos se anuncian más que satisfechos. Enredados en el calor de sus cuerpos, sonríen levemente en la oscuridad antes de dormir. Ellos verdaderamente se aman.

La secretaria de la oficina de Arturo muestra siempre una atención amable, pero nunca coqueta. No es bonita, no es atractiva, no es simpática. Usa tacones gruesos y bajos, es flaca y de sonrisa desagradable. Posee, pues, una fealdad afortunada. Casi nunca mantienen ningún tipo de contacto visual.

Todo bien. Muchos años en el mismo matrimonio y muchos años con el mismo trabajo. Arturo se estira después de comer, suspira brevemente y sonríe. Arturo es feliz.

Una mañana al cruzar el parque, mientras camina hacia el trabajo, Arturo Alcázar observa por un instante,

entre los árboles, un grupo de perros reposando entre la niebla matinal, densa y severa. Todos lo miran fijamente. Uno de ellos bosteza. Arturo bosteza también. Horas después, en el cuarto de archivos, Arturo se encuentra, como muchas otras veces, con la secretaria arrodillada acomodando papeles amarillos en el archivero inferior. Arturo siente entonces una erección empujando su pantalón. Él se acerca. Ella responde.

Arturo llega a casa, besa a su mujer en los labios y le acaricia la cintura. Ella responde. Al abrazarse, la mujer sonríe y Arturo cierra los ojos por varios segundos. La luz de la habitación se apaga y los pies de los esposos se acarician con ternura.

Se cuentan en voz baja, como siempre, lo que hicieron a lo largo del día. Arturo, como siempre, omite ciertos detalles; su mujer, como siempre, también. Luego la mujer cierra los ojos y Arturo piensa por un momento, en medio de la oscuridad, en la imagen de los perros abrazados por la niebla. Ellos verdaderamente se aman y se amarán hasta la muerte.

EL MAR

Arturo Alcázar es un escritor fracasado que quiere escribir sobre un personaje que quiere ir al mar. Eso es lo único que importa. En las reuniones sociales, a la mitad de una borrachera, siempre vuela como flecha perdida algún comentario respecto a su triste situación. “¿De verdad eres escritor?”, acostumbran preguntar dos o tres personas que conocen poco el oficio. “Sí, al menos eso intento. Tengo una idea”. Las respuestas nunca difieren. “No me digas, qué padre. ¿Y qué estás escribiendo ahorita?”. Después de una breve duda, Arturo se da el valor suficiente. “Llevo meses pensando en una misma idea y le estoy dando vueltas y vueltas. Quiero escribir sobre un personaje, llamado Arturo Alcázar, que quiere ir al mar”. Casi siempre la gente permanece en silencio; pero no por impacto ni por reflexión, sino por expectativa. “¿Y ya?”, siempre hay un valiente. “Sí, Arturo Alcázar es un hombre como cualquier otro... Lo único que importa es que quiere ir

al mar. Ésa es la condición humana a la que tiene que atenerse. Arturo Alcázar quiere ir al mar, con todas sus fuerzas, eso es lo único que importa”.

AURORA, MI CIELO

*El conocimiento, si no se sabe aplicar,
es peor que la ignorancia.*

CHARLES BUKOWSKI

Todavía me acuerdo de cuando me dejaste aquí, en el estudio. Nos despedimos en el pasillo. Tú te secabas las lágrimas y yo, por debajo de mi pena, sonreía secretamente (lo confieso). Aurora, yo te dije bien claro que venía a educarme, a pensar, a leer y a escribir (acabo de terminar un cuento de un hombre que vomita conejos, te va a encantar). Preparé todo lo que necesitaba para no tener que salir un año entero, para encerrarme aquí con un solo objetivo: saber. Sin embargo, tengo que admitir que estoy fracasando. Corrijo: ya fracasé. La sombra de mi visita, por alguna razón, me lo recuerda cada noche. En las colecciones que compramos para

este librero ardiente, me he encontrado con todas las ideas que alguna vez tuve para mi futura gran novela (la que te conté que se leería en desorden). He notado que incluso hay piedras angulares de la literatura universal que repiten exactamente la misma idea (un tal Tolstoi que nunca leyó a un tal Flaubert), qué absurdo sería escribir una tercera obra de lo mismo.

Aurora, mi cielo, a los pocos meses de estar aquí me di cuenta de algo que definitivamente no quería saber. Hay más de un Borges. ¿Recuerdas que te hablé de él? Pues él. Jorge Luis Borges es uno de mis escritores preferidos de habla hispana (y te aseguro que en estos meses he leído bastante de ellos) y al terminar sus libros sólo pude entender una cosa: hay más de uno. En realidad, hay más de cien mil Jorgitos en la historia: argentinos, chilenos, mexicanos, españoles, franceses, italianos, portugueses; más de cien mil iguales o mejores que él. Pero, ¿qué pasó? (imagino tu pregunta). Pues nada, justamente no les pasó nada. No están. No veo sus obras en ninguna parte del librero. No lograron más distinción que la de un vagabundo apestando un vagón del metro.

¿Te imaginas? ¿Un Borges vagabundo apestando un vagón del metro? También quién sabe, no hubo suerte, no hubo dinero, no hubo amigos, pero lo cierto es que a esos hombres nunca les llegó el sol. Nadie los conoció nunca (qué fatal es ver que la palabra nadie trae siempre augurios de la palabra nunca). Imagina la tinta de sus letras (que de ser leídas por la persona correcta en el lugar y tiempo adecuado hubieran cambiado la historia para siempre), una tinta seca pudriéndose apretada entre cientos de papeles amarillos, en algún rincón de un baúl en un sótano perdido.

Ahora imagina por un momento que yo soy uno de esos Jorgitos desconocidos: mi fortuna vence todas las adversidades y me toca por azares del no sé qué tener una de estas maravillosas mentes. Bien. Pero piensa, aun con esa suerte que sólo tiene alguien que saca el boleto ganador de la lotería, aun con esa suerte que sólo tiene alguien a quien le cae un rayo, necesitaría que se me repitiera la misma fortuna (o quizá una todavía más selectiva) para llegar a ser como el Jorgito auténtico. De fallar, acabaría como cualquier otro genio vagabundo apestando un vagón del metro (tú bien sabes el terror

que me da estar bajo tierra). El estudio me ha revelado qué tan pequeño soy, diminuto como una partícula en medio del tiempo y el espacio; y Aurora, mi cielo, de verdad tengo mucho miedo.

ESPEREN A VER EL POSTRE

Elvis estuvo cerca de una hora en el baño. Después de eso cruzamos muy pocas palabras, agradeció la comida, se despidió fríamente y se fue, todo pálido, caminando despacio.

Yo estaba por cumplir veintiún años, entonces Maggie ya tenía veintiséis. No costó mucho dinero reparar el horno. En la casa quedaron sólo las cicatrices del fuego en la pared, un mantel manchado, dos copas rotas y un terrible hedor en el baño. Lo que en realidad salió caro fue la pelea con Maggie, quien pasó días sin dirigirme la palabra. Elvis todavía lanzó tres o cuatro discos más, pero ya no los compré. Algo terrible había cambiado, aunque todavía no sabría decir qué fue. No pasó mucho tiempo para que despegara sus fotografías de las paredes de mi cuarto. No sé si alguna vez me volví a hacer llamar “su más grande admiradora”.

Cuando ahora escucho a la gente hablar de él, siento que hablan de otra persona. No seguí el resto de

su trayectoria con detencimiento, pero supe que, después de su visita, subió notablemente de peso. Su cara y su cuerpo se deformaron y perdió el atractivo de oro con el que se distinguía entre las mujeres. Comenzó a tomar medicamentos y drogas para controlarlo, pero esto sólo consiguió traerle más problemas de salud. Finalmente, se congestionó su intestino y le dio un microinfarto mientras pujaba sentado en el baño. Así, en el trono del hombre, fue como falleció El Rey.

ELEMENTAL

Me tomó poco tiempo resolverlo. Yo sabía que encontrarle dueño no era el problema. Todo el mundo quiere compañía. El caso es que yo quería que Watson estuviera conmigo. Traté de no pensar mucho en el asunto, tenía que irme enseguida para salvarle la vida a mi gato. “Salvarle la vida”, pensé, como si fuera a rescatarlo de un villano desalmado, envuelto en una capa, bajo una enorme joroba, mirando desde la ventana a la gente pasar, madurando su próximo plan siniestro. Pero era mi abuela, era sencillamente mi abuela, una mujer de cabello blanco, de huesos delgados y temblorosos, la que era capaz de envenenar a mi única compañía, a pesar de que nunca le había causado el mínimo problema.

Watson ya me esperaba en el jardín. Le serví más comida y me senté a leer en el asiento trasero del coche. El plan era estar con él hasta que se quedara dormido. Pero subió a mi lado y se acomodó para descansar. No podía soportarlo. Lo miré en silencio. Su barriga se inflaba y

se desinflaba con tranquilidad. “Watson, necesito hablar contigo”. Watson no me respondió. Los gatos no hablan. Una vez más, me sentí profundamente solo.

“No puedo soportarlo, Watson”. Me bajé repentinamente del coche. Él alzó la cabeza, sin levantarse; no entendía lo que hacía. Cerré la puerta con brusquedad antes de que me alcanzara. Esperaba una reacción alarmante, una respuesta violenta o defensiva ante la trampa, pero Watson seguía acostado, sin estar muy seguro de nada. Abrí el portón, me subí al coche y arranqué el motor, que tosió estrepitosamente. Watson me miró, sentí que me preguntaba algo.

Cuando el coche tomó velocidad, Watson reaccionó en serio. Trató de salir por la puerta que yo siempre le dejaba abierta. Estaba espantado. Me llamó. Traté de responder el maullido, pero mi voz se quebró. Casi se muere del miedo. Se metió debajo de mi asiento. Para él, ya no se trataba de mí, ahora yo era un ser violento que daba portazos, hacía ruidos extraños y lo encerraba en una máquina gris. Al ser transportado a tal velocidad, Watson no sabía lo que estaba pasando con él. Yo me sentía igual.

Se me revolieron lágrimas en los ojos. “¡Oye, Watson!”, era incapaz de hablarle con dulzura, se me quebraba la voz a cada momento. De pronto, el momento se volvió muy melodramático. Disculpa. Watson maulló quedo, en tono de súplica. “Yo también tengo mucho miedo, Watson, estoy contigo, siempre voy a estar contigo”. Dejó de contestarme. Lo entendí, todo eso era un martirio para él. Pero yo me sentía igual; encerrado en otro tipo de máquina, bajo el manejo de otro conductor, me sentía exactamente igual. “Watson, no me dejes”. No sabía si pisar con más fuerza el acelerador, a costa de un mayor rugido del motor, para que el tormento durara lo menos posible, o si reducir la velocidad para desvanecer el ruido, a costa de prolongar el tiempo. “Ya casi llegamos, te lo prometo”.

No hubo más maullidos. Sólo se escuchaba el ruido de mi viejo motor, que jamás me había parecido tan estridente, y algún sollozo mío ahogado en él. Llegamos con su nuevo dueño media hora antes de lo acordado: la inquietud en mi casa no me había dejado disfrutar los que pudieron ser mis últimos minutos amigables con mi compañero. Me había precipitado. Y entonces, con

el motor apagado y todo en penumbra, Watson estaba debajo de mi asiento, negándose a toda invitación o caricia. Al llegar su nuevo dueño, abrí la puerta y lo dejé bajar en su nuevo jardín, que comenzó a recorrer con extrañeza. No me volvió a mirar, no me volvió a dirigir su atención. Sentí que yo era un traidor. Sentí que el mundo era un traidor. No pude despedirme de él, así que sólo le di la mano a su nuevo dueño, que me sonreía agradecido, y me marché. El Tsurito 86 arrancó con suavidad, una suavidad tal que me llegó a doler.

Cuando llegué a mi casa, con las mejillas húmedas y los labios sabor a sal, me encontré completamente solo. Había una nota al lado del teléfono. “¿Por qué tardaste tanto?”, leí. La casa estaba vacía. Mi abuela se había sentido mal. Una tía tuvo que llevarla en calidad de urgencia al hospital. Cerré los ojos por un momento. Subí los escalones despacio, abrí la puerta de su habitación y me recosté boca arriba en su cama matrimonial.

CREA

*Si el arte es humano,
el arte es imperfección.*

ARTURO ALCÁZAR

Dios tuvo la idea de un Gran dibujo.
Era un dibujo perfecto.
Pero entonces lo dibujó:

INAPELABLE

Buscaba el dibujo por todas partes. Cada vez encontraba más sal regada por la casa. Ya estaba cansado de estar encerrado dando vueltas solo, como idiota, fumando cortinas y tapices. Luego comencé a sentir la compañía de mi sombra. Lucía casi tan aturdida como yo. Fue entonces cuando encontré en un armario la pintura: el cuadro de *Las meninas* de Velázquez. Enseguida lo colgué en el descanso de las escaleras.

Me obsesioné con aquella experiencia. *Las meninas* tenía lo que yo anhelaba: otra dimensión, otro nivel de existencia; casi un exterior, óleo fresco, aire fresco. Velázquez, al pintarse a sí mismo en la obra, comenzó a existir dentro y fuera del cuadro simultáneamente. Sin embargo, sus ojos evidenciaban una pesada contradicción: el pintor retratado, el artificio, todavía tenía una mirada de resignación, de tristeza, de encierro, a pesar de que en esa ficción era libre de toda condición humana propia de la dimensión real. La cuestión era que la pintura seguía

mimetizando la imagen de quien se autorretrató, de su creador, un hombre que sin duda, como yo, también estaba encerrado, y ese grueso marco de madera lo dejaba irónicamente claro.

Estudí este fenómeno con entusiasmo. A todos nos dolía mucho la cabeza. Pronto comencé a experimentar al respecto. Busqué una hoja en blanco para volver a escribir, esta vez, al estilo Velázquez. A pesar de que, al crear, me sentía un poco más libre, mi personaje se retrataba encerrado también. Escribir el texto fue como cavar un túnel de escape: buscaba explorar la otra realidad, conocer mi persona en artificio, observar la naturaleza de la ficción.

FICCIÓN

Cuando Arturo Alcázar descubrió que estaba encerrado sin remedio en un cuento de ficción, decidió ponerle fin suicidándose.

Tomó un revólver cargado con cien balas y descansó el hocico del arma en una de sus sienes. Cerró los ojos con toda la fuerza de su vida.

Disparó.

La bala acabó matando al padre de Arturo Alcázar, pero no a Arturo Alcázar.

Disparó de nuevo.

La bala acabó matando a la madre de Arturo Alcázar, pero no a Arturo Alcázar.

Desesperado, con el revólver bien pegado, disparó de nuevo. Pero nada.

Sudando, disparó de nuevo. Nada.

Gritando, disparó de nuevo.

Disparó de nuevo.

Disparó de nuevo.

Descargó el arma contra su cabeza. El cañón le rugía junto al oído.

Lo aturdía, pero nunca lo mordía.

Cien balas, cien ladridos.

Arturo Alcázar disparó a cien sienas; nunca a la suya.

Ya no quedaban más balas en ese mundo.

Ya no quedaban más personas en ese mundo.

Entonces, Arturo Alcázar, ya sin balas, ya sin personas, estaba encerrado sin remedio en un cuento de ficción.

CALOR

Intento dormir boca arriba. Pienso que bien podría vomitar toda la cerveza de hoy y de una vez morirme a la verga. El aire desgarrado que empuja el ventilador no echa fuera el calor, sino que lo revuelve y lo hunde más en mi piel. Aprieto con más fuerza los párpados.

Ahora está mi flor: sin fuerzas para reclamarme que no la supe cuidar, que no era tanta/tan poca agua, que necesitaba más/menos luz, que en ese lugar no porque quería sentir menos/más aire fresco. Sus pétalos reseco y cabizbajos miran la tierra húmeda y lamentan tanto el vivir en esta ciudad/con un pendejo. Sus botones que estaban ya por abrirse ahora están marchitos también, y se siente como si mis hijos hubieran muerto en su vientre a unos cuantos días de salvarse. Y yo que la quiero acariciar, que la quiero conmovier, conquistar, hacerla sentir mujer, y le digo “¿qué tienes?, ¿qué sientes?, ¿en qué piensas?”. Ella calla. Cae otro pétalo. Está llorando en silencio; pero no creo que lllore por ella, llora por nosotros.

La vista de mi ventana: a la chingada el sol. Sólo puedo ver la pared de ladrillos del edificio de junto, seccionada en las persianas que tímidamente se sacuden con los ventiladores. El ritmo del calor es el ritmo espiral de los ventiladores. Yo estoy de perrito y en calzones, con la cara pegada al más ruidoso, cantando hacia las aspas para que trituren mi voz y suene un poquito menos de la verga. Kurt Cobain extraterrestre. Mi cabello, castaño sudor, se retuerce hacia atrás y la melodía resulta defectuosa. La música le da sentido a este lugar, los ventiladores bailan un *twist* infinito y las persianas se mueven como esperando a que yo las saque a la pista. Cógeme, puto calor de mierda. Canto. Cógeme, cógeme, puto calor de mierda.

EL MAR

Arturo Alcázar es un escritor exitoso que quiere escribir sobre un escritor fracasado que quiere escribir sobre un personaje que quiere ir al mar. Eso es lo único que importa. Su editora sabía que ya estaba maquinando un nuevo *best-seller* y, aunque él todavía no quería revelar nada respecto a la trama, ella confiaba ciegamente en su trabajo. El calendario avanzó y llegó el día de la primera revisión. Él entró a su oficina con el manuscrito terminado: eran dos mil ochocientas cincuenta y tres páginas. Tras descubrir encolerizada que no se trataba de una broma, le gritó: “¿Quién diablos te crees? ¿Vas a dividirlo en siete tomos?”. “No, tiene que ir junto”. Hubo golpes de escritorio y resoplidos con ojos volteados. Evidentemente no era posible para el negocio. “¿Y de qué rayos se trata?”, preguntó al fin. Entonces Arturo Alcázar mostró una sonrisa extraña.

INAPELABLE

Cuánto extrañaba los libros, ante todo los que eran sobre el mar. Nunca me pareció más apacible la idea de la navegación. Pero ya todo estaba quemado, el hastío de mi encierro acabó con mis nervios. Lo fumaba todo. Cada bocanada salía como un “¿por qué?”. Apenas terminaba de escribir mis cuentos, me los fumaba. Todos. Fumaba hasta quemarme los dedos. Mis dedos. También me llevaba con frecuencia el dorso de mi dedo índice a la boca y lo mordía, esperando no sé qué. Lo mordía con la fuerza suficiente para dejar las impresiones de mis dientes no sólo en mi piel, no sólo en mi tejido muscular, sino también en mi hueso. Cuando sangraba agitaba mi dedo enfrente de alguna pared de la casa, como si fuera un pincel, y poco a poco pintaba mis propias meninas de sangre.

La casa se estaba llenando de sal. Yo fumaba mucho y fumaba con fuerza. Desnudé los sillones de terciopelo, arranqué las alfombras de mi casa, los adornos del

retrete, las fundas de las almohadas. Me fumé, finalmente, mis ropas y las ropas de mi madre. Cuando comenzó a escasear el material para fumar de nuevo, comencé a fumar las hojas de papel blanco que estaba guardando para continuar la escritura. El mensaje era claro. Sólo me faltaba el dibujo. Empecé la búsqueda otra vez. “¿Por qué?”. A todos nos dolía la cabeza. La niña del columpio no se detenía.

ENCUENTRO CON ROBERTO BOLAÑO

Era un escritor joven que no prometía nada. Me presentaba a mis maestros como un fanático sin mucho futuro. Leía, sobre todo, algo de narrativa latinoamericana y un poco de poesía francesa. Tenía montones de libros, robados de diferentes bibliotecas, apilados en mi escritorio. No había tenido tiempo de leerlos aún y de pronto me daba la impresión de que nunca iban a ser leídos. Escribía cuentos intentando revelar una cruda realidad desde el fondo de un acontecimiento cotidiano, pero acababan mostrándose como algo cotidiano y nada más. Sabía que a mi trabajo le hacía falta algo, pero no sabía qué. Me sentía insuficiente y me sentía asfixiado dentro de mi propia insuficiencia. Más de una vez sentí que jamás iba a poder salir de aquel encierro.

Lo que sí, fumaba mucho. Al día, tiraba al menos un cartón de cigarros a la basura. Dejaba caer la ceniza sobre las teclas de mi máquina de escribir para que se viera más agresiva la escena del crimen. Fumaba cuando no estaba seguro de estar triste; se había convertido en

un sustituto para la depresión incierta, quizá en un nuevo estado emocional. Escribía cuando quería hablar del vibrar secreto de las esculturas, de dibujos imaginarios, de muertes inadvertidas, de jóvenes que escapaban de la escuela para ir a la estación del metro a buscar algo, pero no sabían qué. Fumaba, sobre todo, Delicados rojos. Escribía, sobre todo, sobre nada. Empecé a leer a mi escritor favorito el año de su muerte. Nunca lo pude conocer. Fantaseaba con saludarlo, con ser su amigo y pedirle consejos para escribir mejor. Me hubiera encantado al menos soñarlo un momento y decirle “Quiero ser como tú”, o tal vez un simple “Te extraño”.

Una noche llegó, finalmente, el momento en el que me decidí a conocerlo fuera como fuera. Coloqué una página en blanco en la máquina, escribí el título *Bocanada* y comencé a escribir. No estaba seguro de lo que hacía pero me dejé llevar, me dejé poseer por todo lo que había podido aprender de sus cuentos y novelas, el único medio de comunicación que sobrevivía entre él y yo. No tenía una trama ni un tema, ni siquiera una idea en mente y, sin embargo, mis dedos se movían con soltura sobre la máquina de escribir, que temblaba de miedo y se echaba hacia atrás. La ceniza de los cigarros viejos se agitaba y brincaba discretamente con las teclas:

BOCANADA

Un día, mi amigo escritor (éste sí, uno buenísimo) Ulises, me invitó a lo que llamó una fiesta “de vanguardia”. Yo no entendí muy bien a qué se refería, pero me sonaba a que iba a haber gente (gente de verdad) hablando de arte (arte de verdad), así que decidí acompañarlo.

La reunión fue en la casa de una tal Xóchitl, aunque no podría decir cuál de todas las mujeres que conocí esa noche era ella. Se trataba de un lugar pequeño lleno de personas, hacía algo de calor y a decir verdad costaba trabajo respirar. Sin embargo, me sentía feliz. Caminaba entre pláticas interminables de publicaciones, de antologías de poesía, de la nueva narrativa joven. Por un momento, debo admitirlo, me dejé llevar y pensé que eso era justo lo que me hacía falta: rodearme de esas personas.

Después de unas horas, salí a tomar aire al jardín para unirme con Ulises y un grupo de invitados que formaba con sus cigarros un enjambre de luciérnagas

rojas. Simulaban un círculo alrededor de una fogata con todo y las brasas que se desprendían hacia el cielo. Era, en realidad, un grupo de indios comenzando un ritual sagrado. Sentía como si me estuvieran esperando. Saqué mi cajetilla y me uní a la ceremonia.

Caía el hielo de la madrugada. Vagones de humo atravesaban los túneles de nuestras bocas y colisionaban en el centro de la discusión. Era nuestro propio incienso. Temblaban y se frotaban las manos sin dejar de fumar. No recuerdo cuántos cigarros había quemado ya, pero, eso sí, no podía dejar de toser. Nadie comentaba nada de mí, aunque podía notar que les causaba gracia mi ineptitud. Aun así saqué otro Delicados. Prensa de labios. Abrir caja de cerillos. Fuego. Cueva. Ffffffffffffffffffffff. Primera fumada. Agitar cerillo en la noche. Oye, es cierto, ninguno de nosotros ha entrado a la casa porque no puede dejar de fumar, con todo y el frío que está haciendo. Bueno, es que yo fumo porque me relaja. Yo fumo para recordar. Yo fumo para olvidar. Yo fumo por el tabaco. A mí me marea. A mí me la baja. Los interrumpí. Yo fumo cuando no estoy seguro de estar triste. A pesar de que lo acababa de aclarar, ellos

preguntaron. ¿Estás triste?... No estoy seguro. Ulises aportó. Un poeta francés lo llama *spleen*; fumar es tu *spleen*. No lo sabía. Pues, ¿qué clase de poesía francesa lees entonces, muchacho?

Volaba el humo sobre nuestras cabezas, pero había algo más, otra clase de humo. Alguien de pronto hizo un comentario respecto al hambre que sentíamos todos y luego un hombre, el más flaco de todo el ritual, nos dijo que no teníamos idea, que él sí tenía hambre en serio y que no tenía ni un quinto en la bolsa. Entonces, nos contó la historia de la última vez que tuvo dinero en las manos.

EL HAMBRE

El hambre ya lanzaba violentos zarpazos contra mi estómago. Entonces empecé a sentir mi verdadera condición, la de todos nosotros.

Llevaba cuatro meses viviendo bajo un puente. Una noche en la que no podía dormir, caminando cabizbajo por las calles vacías, me encontré de pronto en un callejón estrecho y polvoso. Entre la basura alcancé a ver un billete de quinientos pesos. Despacio me incliné, me puse en cuatro patas, lo tomé, lo observé de cerca, a contraluz, lo olfateé, lo miré a los ojos (Dieguito me sonreía orgulloso) y luego me incorporé. Apreté los párpados y exprimí un par de lágrimas. Besé a Dieguito en la boca con una sonrisa inevitable. Creo que fue el momento más feliz de toda mi vida. Traté de administrarlo. Comí diario por dos semanas enteras. Pero luego se acabó. Pasé varios días sentado, sin pararme una sola vez y casi sin cambiar de posición, para que la digestión tardara el mayor tiempo posible. Pero de estas cosas nadie escapa.

El hambre ya lanzaba violentos zarpazos contra mi estómago. Entonces empecé a sentir mi verdadera condición, la de todos nosotros.

BOCANADA

Así, se inauguró un silencio espectral en el círculo. De nuestras bocas se soltaron varias nubes de tabaco. De pronto llegó a nosotros una tremenda sensación de tristeza, y ahora sí estoy hablando de la tristeza innegable, de la que no se puede escapar. Había algo entre nuestros dedos, frente a nuestros ojos, bajo nuestros pies: inextricable. Todos, por nuestras miradas lo supe, estábamos al tanto de lo que estaba sucediendo. Una impresión, pequeña muerte, como si fuera un remordimiento por algo desconocido, que todavía no pasaba pero que pronto se develaría. Los rezos chacales arrancaron: estamos solos. Estamos perdidos. Somos una broma. Un chiste de gallegos. De todos modos nadie nunca lo tomó en serio. Con este agobio, hay que hacer algo de poesía. Hay momentos para recitar poesía y hay momentos para boxear, dijo el que decían que era chileno.

No sé si algunos rieron. Yo traté, pero tosí. Oye, quizá deberías parar un rato, me sugirió, mirándome

con unos ojos que sabían que lo iban a perder todo y que, sin embargo, no perdían su brillo; unos ojos que no conocían ciertamente la tristeza y al mismo tiempo iban disfrazados de ella. Sonrió. Pero qué dientes, de seguro fumaba más que yo. De seguro fumas más que yo. Ah, eso sí, dijo levantando las manos declarándose culpable. Pero yo llevo mucho en este negocio, aclaró guiñando un ojo. Entonces, tuve la sensación de que ya no estábamos hablando de tabaco. Eso sí, reafirmó Ulises, como tratando de darle más validez a las palabras del chileno que salían con voz débil; aunque en realidad no necesitaban ningún soporte, nunca me había topado con una voz tan poderosa.

¿Tienes, entonces, algún consejo para mí? Sí. Me acerqué para escucharlo con atención. Me dijo al oído, como si se tratara de un secreto: sólo fuma cuando sientas que si no lo haces el humo solito te va a salir por la boca. Sonreí. Y entre más veces lo sientas, mejor. Si se puede diario, si se puede todo el tiempo, pero tienes que sentirlo, el vibrar secreto del humo en tus entrañas, su marea, su temblor luchando por salir. ¿Y cómo hago para sentir eso? Ah, para eso hay que trabajar, trabajar en serio.

La ceremonia espiritual estaba concluyendo, todos soltaron unas últimas plegarias ancestrales pidiendo por mí. Esto es una verdadera chinga. No tienes callos en las manos, eso es porque no haces un trabajo de verdad. Busca que te salgan callos. Luego el chileno extendió su brazo y me persignó a su manera: ten, mata éste, yo ya no quiero seguir fumando. Sonreí triste. *Te extraño.* Sonrió triste. Ahora te toca a ti: cada cigarro piénsalo bien, como si fuera el último, y entonces tiene que ser el mejor.

Amanecía.

Amén.

ENCUENTRO CON ROBERTO BOLAÑO

Cuando emergí del cuento algo había cambiado. Saqué la hoja de la máquina y soplé la ceniza que quedaba sobre las teclas. Me levanté y salí a la calle para caminar. Pasé el resto del día pensando en lo que me acababa de ocurrir.

Ahora fumo con otra cara al descansar del trabajo. Fumo, con el libro cerrado entre mis callos, cuando tengo la certeza de que estoy triste, o feliz, o lo que sea. Certezas. Éste es el mundo de los que buscan las certezas, y puede que el saber sea nuestra única salida. Ahora se trata de leer, leer sin parar hasta que sienta que si no escribo un cuento, se me va a salir solito por la boca. El cuento es mi cigarro. Éste es el mundo de los que buscan las certezas. Ahora me toca a mí. Aquí prometo siempre que cada cigarro es el último (puede que el que me estoy quemando ahora lo sea), y no con afán de dejarlo, sino tomando en cuenta que en cualquier momento pueden desaparecer todos los que quedan por fumar, o desaparecer yo, que es lo mismo.

PECADO

Entonces Adán obedeció a Dios y no comió de la manzana.

Eva, comprendiendo, lo miró en silencio. Así pasaron los años, aburridos.

Murieron, finalmente, vírgenes y limpios de pecado.

Ya.

Fin de la Historia.

INAPELABLE

Aquel día, amanecí con la sensación de que todo iba a terminar. Si alguien me preguntara por qué pensé eso, respondería que son cosas que se saben con certeza sólo cuando llega el momento pertinente. Desperté en las escaleras y vi que un hombre, completamente desnudo, estaba sentado cinco escalones debajo de los míos.

No grité. De hecho, no me sobresalté. Me puse de pie para observarlo con cuidado y descubrí que yo también estaba desnudo. Poco a poco iba despertando y asimilando lo que sucedía, entonces vi que había más visitas. ¿Visitas? La casa estaba llena de personas. Desnudos todos, cada quien atendía su propio asunto. Había unos que lloraban, otros que sonreían, otros que rezaban. Algunos separaban la sal de las cosas. Había dormidos, asustados, tranquilos, desesperados, desconcertados. Todos diferentes, como si hubieran llegado de todas las partes del mundo, de todas las épocas de la Historia, todos juntos en la casa, pero todos solos, cada quien en su propio encierro. Nadie

hablaba con nadie. Todos esperaban quemándose los dedos. Un murmullo constante merodeaba las paredes de mi casa sobre la marea de los relojes. Mi casa. La casa. Ser el encierro eterno de la humanidad. Algunos estaban ciegos. Algunos querían abrir la puerta principal. Algunos se calentaban en la chimenea. Algunos golpeaban y se aventaban contra la puerta principal. Algunos se masturbaban. Algunos quebraban la puerta principal. Algunos buscaban comida. Algunos salieron: se los tragó la luz.

Grité. Desperté. Lo entendí. Grité en la casa vacía. Le grité, más bien, a la casa vacía. ¿Por qué? ¿Cuál era la necesidad? De pronto, cuestioné severamente al dibujo. ¿Acaso podía ser tan inapelable? ¿De verdad no hay remedio? ¿No hay salida de emergencia? ¿No hay puertas secretas? Tenía que salir de ahí. Las llaves.

¿Dónde estarían las llaves de la puerta principal? Corrí hacia las escaleras, jadeaba el aire añejo. Comencé a bajar las escaleras. Tropecé. Ser avalancha. Cuando llegué abajo me dejé caer de rodillas al piso sin alfombra, cubierto de sal, y me puse a buscar las llaves de la puerta principal. Ser bebé. En la chimenea. Me acerqué a la

chimenea. En la chimenea. Saqué los pedazos de metal ceniciento. Corrí a la puerta principal. Me detuve pálido frente a ella: había olvidado cómo se abría.

Apreté las llaves con la fuerza de mi vida y las llevé hacia la cerradura.

No logré abrir la cerradura.

Desesperado, con las llaves bien sujetas, lo intenté de nuevo. Pero nada.

Sudando, lo intenté de nuevo. Nada.

Gritando, lo intenté de nuevo.

Lo intenté de nuevo.

Lo intenté de nuevo.

Las llaves se me cayeron y traté de derribar la puerta con el hombro, traté de romperla a golpes. Pero qué solo estaba. Con la intención de recoger las llaves me caí yo también, quizá mucho más abajo que ellas, a llorar.

Empecé a temblar.

Necesitaba fumar.

EL MAR

Yo soy Arturo Alcázar y quiero escribir sobre un escritor exitoso que quiere escribir sobre un escritor fracasado que quiere escribir sobre un personaje que quiere ir al mar. Eso es lo único que importa... Aunque, quizá sea pertinente pensar, a estas alturas, en quién me escribe a mí, en cuál será el siguiente umbral.

CALOR

Intento dormir de lado. Recojo mis rodillas. No importa qué tan feliz me haga vivir solo, la lejanía, la independencia, el tiempo, la literatura. El calor siempre va a estar ahí para matar mis plantas, joder mi casa, ponerla a girar y a rechinar, romperme la licuadora, romperme los huevos y chingarme el cuerpo entero. El calor siempre va a estar ahí para recordarme que sigo profundamente deprimido y que así voy a seguir por mucho tiempo, encerrado en la vida sin remedio, que sigo llorando todas las mañanas cuando despierto y recuerdo quién soy, que de nada sirve boxear, que sólo quiero que golpeen mi cabeza y mi cuerpo con un pretexto legal, que no importa cuántos buenos chistes haga y cuánto me ría y cuánto diga que esto es lo que siempre soñé, a veces acelero y me paso los altos esperando que un tráiler se lleve todo. El calor siempre va a estar ahí para recordarme que he tomado las peores decisiones, que a pesar de que todos trataron de convencerme de que no soy una mierda, no puedo evitar sentirme como una, y que

a veces a la mitad de un beso todavía me echo a llorar sin consuelo. El calor siempre va a estar ahí para recordarme que, a pesar de lo mucho que lo deseo, no me puedo suicidar porque eso sólo lastimaría más a las personas que ya lastimé lo suficiente, lo suficiente, lo suficiente, como si hubiera una marca de cantidad suficiente. El calor siempre me va a recordar que necesito dejar de intentar ser el mejor paciente de mi psicóloga, que no soy importante, que me siento miserable aunque todo el mundo ya ruega que me deje de martirizar, que me componga y que deje de chingar, que me componga, me componga, me componga. El calor insiste, no importa que ponga música con buena vibra para bailar un poco mientras me baño, las canciones sólo me recuerdan la alegría que tanto extraño, siempre acabo tirándome a llorar bajo la regadera. El calor siempre va a estar ahí para recordarme que de repente la temperatura y los ventiladores y las vueltas y las persianas y los rechinidos me ponen paranoico, y que intento matar los insectos diminutos de mi baño que no existen, que me imagino los ejércitos de cucarachas marchar de prisa sobre mis piernas y luego sobre mi espalda y luego sobre todo mi cuerpo, y que me llevo las manos al cabello y entre los

enredos del sudor sólo encuentro más y más cucarachas, que yo mismo fui quien aventó al piso la puta licuadora que abrió después en la cocina un agujero, un agujero en forma de licuadora, un agujero en forma de recuerdo. El calor me recuerda que no sirvo ni para mantener viva una pinche planta, que canto de la verga y que siempre lo haré, no importa a través de qué aparato lo haga, que me siento infeliz pero sé que lo tengo todo y por eso no es justo que sea infeliz, pero aun así lo soy y eso me hace sentir peor. El calor siempre va a estar ahí para recordarme que no importa a dónde trate de escapar, siempre voy a estar encerrado en mi pinche cuerpo. Intento dormir. Y pienso en todas las personas que en este momento están intentando dormir y en todas las historias que suceden al mismo tiempo. Intento dormir. Y cuando me canso de tanto pinche chingado puto esfuerzo de mierda, entro en un estado de reposo mental, que no es como el descanso ni como la muerte, pero que me gustaría mucho que se pareciera a cualquiera de los dos, y lo imagino como si fuera un acto de suicidio temporal del que tarde o temprano voy a volver a flote con el sudor seco y los puños bien cerrados.

AURORA, MI CIELO

¡Oh inteligencia, soledad en llamas...!

JOSÉ GOROSTIZA

Entonces ahora sí puedes entender mi situación. Tres adversidades, tres mellizas hambrientas que se devoran entre sí. Me estoy muriendo de calor. No puedo salir porque allá fuera quieren matarme. Y lo único que puedo hacer para olvidarme de la temperatura y escaparme de este lugar por un momento es leer, pero eso me deprime terriblemente: todo hombre teme saber de su propia insignificancia, aunque yo creo que debe temerle al saber entero.

Saber es terrible. Es un infierno. Te lo advierto, Aurora, mi cielo, nunca intentes saber. El saber es una biblioteca infinita llena de libros que no tienen principio ni fin. Encerrarme aquí me sirvió para averiguar dos cosas. Uno: la literatura es peligrosísima. Dos: el mundo

de afuera es todavía peor. No hay escape. Ambos universos te quieren deshacer por completo. Aurora, mi cielo, me estoy pudriendo.

Estoy envuelto en sudor y miseria. ¡Dios, cuánto extraño el alcohol! Cuando vengas, trae, por favor, una botella de vino. También trae una foto del sol, para que al menos tenga sentido tanto calor. Fue mala idea, lo reconozco al fin, elegir un departamento sin ventanas (hace tanto que no miro un amanecer). Y, por favor, trae música. Llevo más de doscientos días sumido en el más hondo de los silencios, el único sonido que me acompaña es el que hacen los libros al cambiar de página y el de las pisadas de mi visita cuando sube la escalera. Cuánto extraño tu voz. Cuánto extraño la voz de cualquiera. Cómo me gustaría que la sombra detrás de la puerta a veces dijera algo, lo que sea. Estoy en el mundo más solitario que hay. Se siente como si este estudio se estuviera hundiendo poco a poco en la Tierra. Estoy cada segundo más cerca del infierno.

También he enfrentado la situación, no creas. Me he plantado más de una vez frente a la entrada y he preguntado: “¿quién?, ¿quién es?”. Hay ocasiones en las

que el cansancio me engaña y siento que el lado en el que estoy es el de afuera, que frente a lo que me paro es el umbral de una caverna y la luz de los bordes es quizá de una fogata. Entonces ahora soy la sombra, o más bien, eso piensa el otro: para él yo soy la sombra, mientras que yo soy yo, una cosa completamente distinta... “¿Quién es?”, le he gritado. He golpeado la puerta. “¡Vete!”, y sus pies no se mueven. “¿Qué es lo que quieres?”, y sólo escucho mis sollozos. “¡Quiero salir!”. Por favor, Aurora, mi cielo, sálvame. Vuelve a mí. Perdóname. De verdad lamento haberte dejado. No me volveré a alejar, lo prometo. Sólo te pido que estés aquí. A veces se siente como si eso fuera imposible. Ahora, bien, no sabes el problema al que me enfrento para hacerte llegar esta carta. Lo único que puedo hacer es empujarla por debajo de mi puerta, con tu nombre y dirección, pidiendo que, por favor, alguien te la entregue. De hecho, puede que éste sea un buen momento para dudar de quién eres en realidad, para preguntar quién está leyendo esto. Si no eres Aurora, te ruego que se la entregues, ya que conoces la gravedad de mi situación. Hasta ahora se me ocurre que podrías ser cualquiera. Entonces tú, lector, ¿quién

eres? ¿Eres alguien del edificio? ¿Eres Aurora? ¿O eres la sombra que se para detrás de mi puerta? ...Aurora, ¿eres tú la sombra que se para detrás de la puerta?

Sea como sea, esperaré a que esta carta llegue a ti, que me perdones y accedas a mi petición. Es todo lo que puedo hacer. Ahora voy a terminar de escribir estas palabras, voy a meter las hojas en el sobre, voy a deslizarlo por el borde inferior de la puerta y voy a sentarme a esperar.

JC

SOBRE EL MAR

Estás leyendo sobre un escritor que se llama Arturo Alcázar que quiere escribir sobre un escritor exitoso que quiere escribir sobre un escritor fracasado que quiere escribir sobre un personaje que quiere ir al mar. Eso es lo único que importa. Aunque, quizá sea pertinente pensar, a estas alturas, en todos los umbrales que abren las otras historias que están ocurriendo en ese momento; cuestionar si deberíamos ir más hacia dentro o hacia fuera. Aunque, quizá sea pertinente pensar, a estas alturas, si algún día, alguno de nosotros llegará finalmente al mar.

INAPELABLE

Alcé la mirada. Me levanté. Dejé descansar las llaves sobre el suelo. Comencé a recoger, entre la sal, los pedacitos de alfombra olvidados, los restos de las vestiduras de los sillones, pero no juntaba lo suficiente. Debía de haber algo que se pudiera fumar. Revisaba con una prisa torpe, casi corriendo, por toda la casa. Pasé por el pie de la escalera y todo se detuvo por un momento cuando vi a los ojos a Diego Velázquez, posando en *Las meninas*; tranquilo, resignado, triste, sabía bien que no hay remedio, que no hay salida. Ser Velázquez. Podía imaginarlo, podía ver arder sus ojos revolcados en trozos de alfombra, entrando lentamente a mis pulmones, en un cigarrito barroco. Óleo sobre lienzo. Pero no. Era mi último espejo. Cada vez mi cuerpo temblaba más, como si estuviera al borde de la convulsión. Entré a la cocina, aventé las sillas, tiré la mesa, volqué el refrigerador, destruí las baldas de la alacena. Volqué el refrigerador. Una hoja de papel susceptible se dejó arrastrar por el

viento que empujó el gigante blanco al ser derribado. El papel se veía como la tabla de un naufrago movida por una ola en mar abierto. El dibujo. Fui de nuevo al pie de las escaleras. Velázquez me miraba cansado, me miraba cansado desde el fondo de *Las meninas*. Óleo sobre lienzo. Entonces lo escuché preguntarme con sus ojos: “¿Qué harás ahora?”. La hoja cuadrada con el dibujo estaba finalmente entre mis manos. Y la doblé, le metí los retazos fumables que ya tenía y me senté al pie de las escaleras. Y miré a los ojos a Diego Velázquez. Y ninguno de los dos parpadeó. Y la niña del columpio me miraba la espalda desnuda. Y la niña del columpio nunca parpadeaba. Y el ojo del tiempo nunca parpadea. Y me fumé el dibujo desnudo. Y pensé en el mar. Y sentí calma. Y me quedé dormido.



Inapelable es una obra narrativa con relatos fragmentados, cuentos breves, que buscan explorar el discurso de la condición humana como un encierro, una sentencia indiscutible y casi trágica. A partir de una estructura dividida e intercalada, el lector se verá envuelto en una red de simultaneidad de historias que le permitirá descubrir las variantes y los posibles escapes de la aparente naturaleza cerrada de la geometría del cuadrado, gracias a la tridimensionalidad de la naturaleza de la ficción.